



## El dios del no-haiku

“Para escribir haiku búsqese un niño de un metro de alto”, nos dice Bashô. Y sin advertirlo, desde que inicié mi andadura por el haiku dô, un niño de un poco más de un metro ha estado acompañándome en él: mi propio hijo. Por tener una referencia, en el año 2008 se formó la AGHA. En aquella época mi hijo tenía 8 años y por cuestiones personales algunas veces lo llevaba a seminarios, recitales y demás actividades de la gente del haiku. Aunque pasaba buenos momentos jugando al balón con Frutos o haciendo alguna travesura, Víctor se impacientaba con nuestras largas conversaciones en torno al haiku. Con el tiempo, terminó tan harto que, en un momento de rabia, decretó que él era el “dios del no-haiku”, mostrándose en contra de todo lo que su religión no le permitía. Aun así, tuvo que asistir a algún encuentro, algún hanami, algún recital y, lo peor de todo, tenía en casa a la enemiga, su propia madre, que cometía el sacrilegio de recordarle constantemente lo que él tanto aborrecía.

Con el tiempo, aunque el “dios del no-haiku” saliera corriendo conforme escuchaba la palabra temida, algo de la magia del haiku caló en él y, muy a su pesar, empezó a descreer de sí mismo, y a escribir los primeros haikus. No podía ser de otra manera, tenía cerca de él a los mejores maestros: Elías, Frutos, Ángel ... y toda la gente de la AGHA.

Entre los dedos

sentir del corazón

del saltamontes

Desde pequeño, le gustaba perseguir saltamontes. Así, esta experiencia, sagrada para él, se convirtió en haiku una mañana soleada en un pueblo de Asturias, mientras segaban el heno.

Perdido en el monte...

Las moscas en el ojo

del jabalí muerto

Lo escribió en Chinchilla, mientras se realizaba la actividad que recoge el libro: “Haikus en la Sierra del Consorcio”. Estaba de muy mal humor y decidió que no iba a seguir el camino de los antiguos, así que, mientras se leía el Manifiesto con música de shakuhachi, él andaba sin rumbo por la sierra de los haikus.

No quiero extenderme más aunque han sido muchos los momentos en los que mi hijo me ha sorprendido con un haiku. La reflexión es ¿qué le hizo al “dios del no-haiku” creer?

En la respuesta estaría la clave de por qué a la gente le atrae cada vez más. Y sobre todo, por qué es recomendable que los niños aprendan a valorarlo.

En los cursos que he dado a pequeños futuros haijines, les he explicado alguna de sus “ventajas”:

- La técnica es sencilla
- Se aprende muy bien a medir versos
- Tienes que estar atento a lo que sucede a tu alrededor, así que deja la consola en casa
- Conoce el nombre de los árboles que hay en tu camino y fíjate bien en ellos cuando pases cerca
- No busques palabras raras
- Sal a la naturaleza, disfrútala y luego escribe sin miedo lo que has percibido

Pienso que el haiku es cada vez más necesario en este mundo tan caótico y si ha llegado a nosotros es por alguna razón. Pero también es importante que nos acerquemos a él con humildad y sencillez, tratando de conocerlo en su esencia, no dejándonos llevar por falsos prejuicios ni ambigüedades. Quizás conociéndolo en profundidad acabemos amando el haiku, o si no, al menos, sabremos perfectamente qué es un haiku, igual que le ha sucedido al protagonista de esta historia.

© **Toñi Sánchez Verdejo (diente de león)**